

Mustafá, el primogénito de los hijos de Soliman, el hijo de la georgiana, desde que nació estaba considerado como el heredero del imperio. Bien que la ley que le llamaba al trono fuese á veces eludida, el sultán seguía considerando á su hijo como su sucesor. Le habia dado el gobierno de la provincia de Arnesia, y á pesar de las secretas exigencias de la sultana, le manifestaba siempre las mismas bonda-



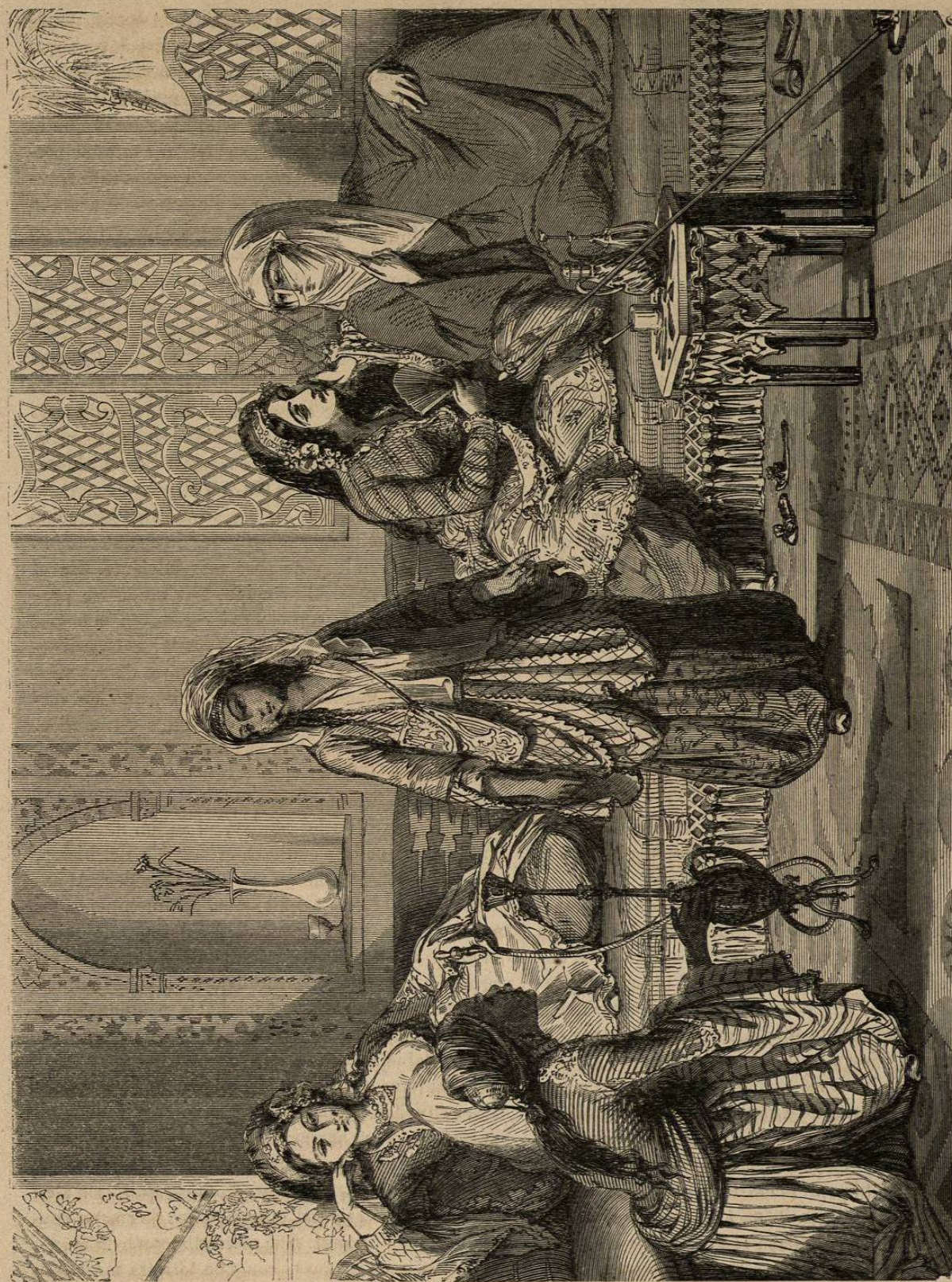
Punta del Serrallo.

paró á una lucha abierta; pero ya fuese indiferencia, ya grandeza de alma, Mustafá guardó silencio sobre esta tentativa.

Mientras que esto pasaba en Anarsia, el serrallo estaba de fiesta. Mohamed, el hijo primogénito de Roxelana, cumplia diez y seis años, y ya el sultán le habia elegido para gobernar una de las grandes provincias del imperio, lo que casi equivalia á darle un reino. La sultana hizo preparativos para su marcha de una magnificencia extraordinaria; su harem y su córte se disponian á seguirle; pero estaba escrito que no saldria del serrallo. Atacado de una fiebre maligna, murió casi de repente. Sus dos hermanos, Selim y Bayezid, heredaron sus grandezas, y Dyangir, el mas jóven de los hijos de Soliman y de Roxelana, quedó solo en el serrallo. Dyangir era un ente raquí-

des. Roxelana se cansó de esta sorda lucha, y para dar un golpe mas seguro á su enemigo, le envió para celebrar las fiestas del Bairan una cesta de frutos confitados con arte maravilloso. Mustafá, que tenia desconfianza, no tocó el presente de la sultana, y se lo regaló á su mensajero, que, honrado con tal favor, comió una pera, y murió un cuarto de hora despues. Al saberlo, la sultana furiosa y consternada, se pre-

tico y deforme, cuya hermosa cabeza desaparecia entre dos hombros monstruosamente desiguales. Cuando llegó á la edad de hombre, aun continuaban tratándole como á un niño, y no salió de los departamentos interiores; sus agudezas divertian al sultán que, acostumbrado á tenerle cerca, le amaba con ternura, y le toleraba atrevimientos que hubieran costado la vida á cualquiera otro de sus hijos. A Dyangir le gustaban la poesía, la música, los perfumes, las pedrerías y los vestidos hermosos. Llevaba habitualmente perlas en su cuello y un tesbih (rosario) de sándalo en la mano. Sus gustos frívolos, su vivacidad jovial le alejaban de las intrigas del serrallo, y ya fuese que careciese de penetracion, ya que las pasiones que se agitaban á su alrededor fuesen hábilmente disimuladas, ignoraba el odio mortal



Las mujeres del harem.—Traje de las mujeres de calidad en el interior del Serrallo.

que su madre tenia al *chazadeh*, y por una contradicción estraña, manifestaba hácia este príncipe una viva simpatía.

Mientras tanto Roxelana habia reanudado su obra

durante algunos años, lenta y sordamente, trabajó para destruir al príncipe Mustafá, le acusó sin cesar de las mas pérfidas intenciones, y se dedicó sobre todo á denunciar sus esfuerzos para ganar el afecto

del ejército, del cual era en efecto fanáticamente adorado.

El sultán concluyó por prestar oído á estas delaciones. Consideró que su hijo primogénito tenía mas de treinta años; que verdaderamente ejercía una grande influencia sobre los cuerpos de genízaros, y que podia muy bien ser que empezase ya á cansarse del papel de heredero presunto. La sultana comprendió sus disposiciones, y dió un golpe decisivo. Armada de una carta de Mustafá, le acusó de haber formado el designio de destronar á su padre. La carta estaba dirigida al shah de Persia, y contenía la prueba de esta traición. El espía que la habia entregado á Roxelana se habia apoderado de ella, segun decia la favorita, despues de haber muerto al mensajero del príncipe. Este documento tenia tal carácter de autenticidad, que engañó á Soliman, el cual se sintió dominado por un furor silencioso que era como el preludio de sus mas terribles arrebatos, y ordenó á su gran visir Rustem, que llevara á Mustafá la orden de presentársele inmediatamente en Constantinopla.

Mustafá se encontraba entonces en medio del ejército, acampado desde algunos meses en la frontera de la provincia de su mando, y se negó resueltamente á obedecer. Rustem comprendió que no podia llevar á cabo su mision, y en lugar de ejecutar las órdenes secretas de su amo, manifestó á éste que el chazadeh se habia apoderado de todos los ánimos, y que bastaria sacar uno solo de sus caballos para que su ejército y el pueblo se insurreccionasen. Era la primera vez que el padischa mandaba y era desobedecido. Su resolucion fue pronta; se puso al frente de las tropas que habia en Constantinopla, y fué él mismo á llevar su respuesta al gran visir.

Todo el mundo tiembla cuando el estandarte imperial ondea en campo raso. Soliman llegaba rodeado de la guerrera pompa que desplegaba siempre al entrar en campaña. Llevaba á su lado al príncipe Dyangir y á la mayor parte de los grandes dignatarios del serrallo. Se levantó la tienda imperial al frente del campamento. Esta tienda era una especie de palacio móvil, cuyas divisiones formaban varias salas de una magnificencia inaudita. Las paredes estaban cubiertas de tisú y de sederías de las Indias; tapices de Persia tapaban el suelo recientemente removido, y brotaba una fuente en el centro de un kiosco improvisado, cuyas ventanas daban á un paisaje desierto. Aunque el sultán se hallaba muy cerca de las huestes, no le molestaba el ruido de tan considerable reunion de hombres, porque todo en torno suyo estaba tan tranquilo y silencioso como si se hallase en su serrallo de Constantinopla.

No habia aun trascurrido una hora desde su llegada, cuando Soliman envió á su hijo la orden de presentársele inmediatamente. El enviado del sultán

encontró al príncipe en el camino de Arnasia, donde le habia llegado ya un aviso. Achmed-bajá, uno de sus partidarios, le previno que contra él se habian espedido órdenes terribles; pero el chazadeh estaba tan seguro de la adhesion del ejército, que creyó que el mismo sultán no se atreveria á atentar contra su persona. Cruzó el campamento con un continente tranquilo. Circulaban ya rumores de que se le acusaba de traicion, y el ejército, sobrecogido de terror y de indignacion, ostentaba un silencio imponente y una actitud amenazadora. A la vista del príncipe, prorumpió en aclamaciones y gritos de alegría que debieron llegar á los oidos del sultán.

Mustafá parecia escuchar aun estas manifestaciones cuando entró en la tienda imperial. Segun el uso, tuvo que dejar sus armas antes de ser admitido en presencia del sultán. Cuando los eunucos blancos, que estaban de guardia en la primera puerta, le hubieron quitado el corvo sable que colgaba de su lado, y el puñal que llevaba en la cintura, fue conducido por el capon-agari á la sala que servia de antecámara al kiosco imperial, y no pasó mas adelante. En el momento de entrar el príncipe, seis mudos se precipitaron contra él, con el fatal cordon en la mano, y empezó una lucha terrible. Mustafá, extraordinariamente ágil y fuerte, intentó librarse de sus verdugos, y se defendió con tanto arrojo, que sus verdugos quedaron un instante vacilantes y trémulos. Si el príncipe hubiese tenido tiempo de salir al campo, habria salvado su vida y subido al trono; pero antes que pudiese aprovecharse de la perplejidad y sobrecogimiento de los mudos, el sultán mismo levantó la cortina que ocultaba la entrada del kiosco, y asomó la cabeza con un gesto amenazador. Al aspecto de aquel terrible semblante, comprendieron los mudos que era preciso concluir, y despues de haber derribado al príncipe, le estrangularon, huyendo en seguida como si temiesen aun la cólera del sultán. Durante esta tragedia, nadie habia pensado en el príncipe Dyangir, que habia salido para recorrer el campo. Habiendo sabido que Mustafá habia ido á visitar al sultán, volvió á la tienda para darle la mano. Al ver aquel cuerpo inmóvil, aquel rostro lívido y salpicado de manchas azules, Dyangir lanzó gritos estridentes, y cayó en la mas violenta desesperacion. Los eunucos, consternados y trémulos, quisieron alejarle, pero él se asió del cuerpo de su hermano con una especie de frenesí. Sus gritos llamaron la atencion del sultán, el cual, con una ternura mezclada de autoridad, le mandó seguirle; pero la pobre criatura, tan débil, tan frívola, y á la cual se suponía incapaz de todo sentimiento enérgico, se volvió á su padre y le dijo con furor: «¡Hé aquí lo que haces tú de tus hijos!... ¡Pero yo te impediré que á mí me hagas morir á manos de los mudos!...

Y al mismo tiempo sacó de su cinto un pequeño puñal, que se le dejaba mas bien como un juguete que como un arma de que pudiese servirse, y antes que se hubiese comprendido su designio, se dió en el corazon un golpe mortal. Soliman fue salpicado con su sangre, y se asegura que le lloró.

La fatal nueva circuló por el campamento, y el ejército tomó una actitud amenazadora. El peligro crecia por momentos, y los genízaros empezaban á murmurar alrededor de la tienda imperial; no tomaron en todo el resto del dia alimento alguno, y faltaron á sus oraciones. La situacion era terrible. El sultán no tenia en torno suyo mas que algunas tropas, sus ichiglones, sus eunucos y algunos altos funcionarios. Sin embargo, no se cuidó de apaciguar el tumulto ni de transigir con él, sino que, retirado dentro de su kiosco, oyó toda la noche el ruido confuso que movian tantos hombres que estaban en vela; y cuando asomó el dia, se levantó sombrío, exasperado, y dijo al gran visir, que tomaba temblando sus órdenes: «¡Pues que murmuran, les volveré á Mustafá!»

En efecto, el cuerpo del desgraciado príncipe, envuelto en un tapiz, fue conducido á presencia del campamento, y espuesto como el de un rebelde que acababa de expiar justamente su crimen. Al mismo tiempo el sultán salió á caballo, casi solo, y pasó por en medio de los soldados, con la cabeza erguida y el semblante amenazador, mirando en torno suyo como para descubrir á sus enemigos. A su presencia, el ejército entero tembló, y se prosternó hasta tocar con la cabeza en el polvo, exclamando: «¡Viva el sublime emperador! ¡Viva el sultán Soliman!»

Roxelana supo al mismo tiempo la muerte del hombre que mas odiaba en el mundo, y el deplorable fin de su hijo menor. Durante algunos dias pareció inconsolable; pero en el fondo de su alma perversa habia tal vez aun mas alegría que dolor. No era el pobre Dyangir el mas amado de sus hijos, y desde la muerte de Mahomed habia concentrado todo su cariño en Bajazed, su hijo tercero. En su concepto Selim, llamado al trono por derecho de primogenitura, era indigno del gran título de emperador. Justo es convenir en que en este punto estaba de acuerdo con el sentimiento popular. Bajazed tenia todas las cualidades que placen á la multitud: era hermoso, valiente, de una complexion vigorosa, y singularmente dispuesto para todos los ejercicios guerreros. Selim, por el contrario, tenia el cuerpo pesado, la cara ancha y el ademan indolente. Se le acusaba de beber vino en secreto, y hasta de embriagarse, en compañía de un judío renegado, su favorito. Los dos hermanos se odiaban mortalmente, y fácil era prever que, á la muerte de Soliman, uno de los dos haria estrangular al otro. Roxelana no habia, sin embargo,

triunfado impunemente; sus espías le advirtieron de lo que estaba pasando en el campamento. El sultán se habia quedado en las fronteras de Anatolia, en medio del ejército; no salia de su tienda, y parecia devorado por una negra melancolía. Todo le infundia sospechas, y habia espulsado al gran visir y á la mayor parte de los protegidos de la sultana. Circulaban extraños rumores. Se decia que los eunucos encargados de dar sepultura al príncipe Mustafá, habian hallado en él papeles que acreditaban su inocencia.

Cuando el emperador, algunas semanas despues, volvió á tomar el camino de Constantinopla, parecia estar resuelto á alejar de su lado á Roxelana, encerrándola durante el resto de su vida en el Serrallo viejo.

Roxelana le esperaba tranquila, impenetrable. Usando de los privilegios que él no la habia retirado todavía, le salió á recibir no bien supo que entraba en el Serrallo. Y entonces se prosternó á sus pies, y pálida y con el rostro inundado de lágrimas, le dijo con el acento de la mas profunda sumision: «Hombres malvados han atraído tu cólera sobre mí con sus mentiras... Yo he perdido tu favor, sin el cual soy menos que un despreciable reptil... Yo no quiero vivir... Concluye pronto mi suplicio... Llama á los mudos... Estoy pronta, y quiero la muerte, ya que es tu voluntad que yo muera...»

El sultán no esperaba estas palabras. El dolor de Roxelana, su valor, su resignacion, le conmovieron y modificaron súbitamente sus disposiciones; la llevó al suntuoso kiosco que habia en la orilla del mar, y pasó el resto del dia con ella. Uno y otra habian olvidado su duelo. Comieron juntos al son de los instrumentos servidos por jóvenes esclavas, las mas bellas que habia en el Serrallo. En esta ocasion, una vieja *kadum*, aya de las doncellas, se permitió decir á las odaliscas, cuya vida se pasaba en una esperanza siempre frustrada: «¡Id! ¡id! mis tortolillas, es preciso renunciar á la esperanza de atraer las miradas del sublime emperador; el mayor favor que os puede hacer es permitir que le presentéis la bebida.»

Desde aquel momento comprendió Roxelana que su imperio era inquebrantable; y aprovechó su influencia para pedir la muerte de un niño, único heredero que habia dejado Mustafá. Cuando hubo asi destruido todo lo que no procedia de ella en la familia imperial, volvió su furor contra su propia sangre, y se hizo el enemigo implacable de su hijo primogénito Selim. Ya habia inútilmenteuplicado al sultán que variase el orden de sucesion; Soliman se habia resistido á todas sus exigencias, y nada indicaba que su firme resolucion hubiese de modificarse. La natural audacia de Bajazed le hacia sombra; y recordaba haberle encontrado á veces menos respetuoso que á su hermano, y tenia una predileccion por Selim, que

se había presentado sumiso y temblando delante de él. Cuando Roxelana hubo perdido toda esperanza de sobreponerse á la resolución del emperador, escitó secretamente á su hijo á la rebelion, y aprovechando la influencia que tenia en los negocios del Estado, creó un partido á Bajazed.

Todas estas Intrigas estaban tan hábilmente conducidas, que el sultan no concibió sospecha alguna; supo al mismo tiempo que Bajazed se encontraba á la cabeza de un ejército y que los bajáes de Asia, siempre dispuestos á la revuelta, trataban de nuevo de armarse con él para atacar á Selim. Esta vez tambien fue pronta la resolución del viejo emperador; envió 100,000 hombres al socorro de Selim, el cual con un poderoso auxilio trinufó sin trabajo de su hermano, y el pais quedó completamente pacificado por algunos dias. Durante estas turbulencias, Soliman no había manifestado sobresalto ni cólera. Cuando todo hubo concluido, envió á Bajazed la orden de su vuelta á Constantinopla. Roxelana penetró el siniestro designio del sultan, y llegó á aplacarle á fuerza de súplicas, de mentiras y de lágrimas. Soliman revocó la sentencia de muerte que había pronunciado en el fondo de su alma, pero su cólera contra Bajazed era todavía tan violenta, que no quiso permitirle la entrada en el Serrallo, y le envió á decir que le esperaba en uno de sus kioscos, en la costa de Asia, á la entrada del Bósforo.

El día de esta entrevista Roxelana quiso acompañar al sultan, y se embarcó con él en la galeota imperial que estaba estacionada cerca del puente del Serrallo. Cincuenta eunucos negros rodeaban á la sultana, y mientras que esta comitiva atravesaba los jardines, todos los que la veian se prosternaban hasta tocar con la frente el polvo. Al llegar al kiosco se colocó en una ventana enrejada, bajo la cual su hijo debía pasar; el sultan no había permitido que le viera de otro modo. Cuando le vió sus ojos se inundaron de lágrimas, y apenas estuvo al alcance de su voz, le dijo: «¡No temas nada, cordero mio! ¡ven... no temas nada!...»

A pesar de esta seguridad, Bajazed avanzaba temblando; el fin terrible de su hermano Mustafá estaba presente en su imaginacion, y se puso pálido cuando, segun el uso, los eunucos blancos le quitaron sus armas antes de introducirle en la sala donde estaba el sultan.

La entrevista fue corta, y voy á contarla como un rasgo de las costumbres de aquel pueblo bárbaro.

El sultan recibió á su hijo con ademán sombrío é irritado, y sin consentir que hablase, le echó en cara duramente su tentativa y su loca ambicion, y después, animándose por grados, le dijo: «¡Ya no puedes negar todas estas traiciones! ¡El menor de tus crímenes mereceria la muerte!»

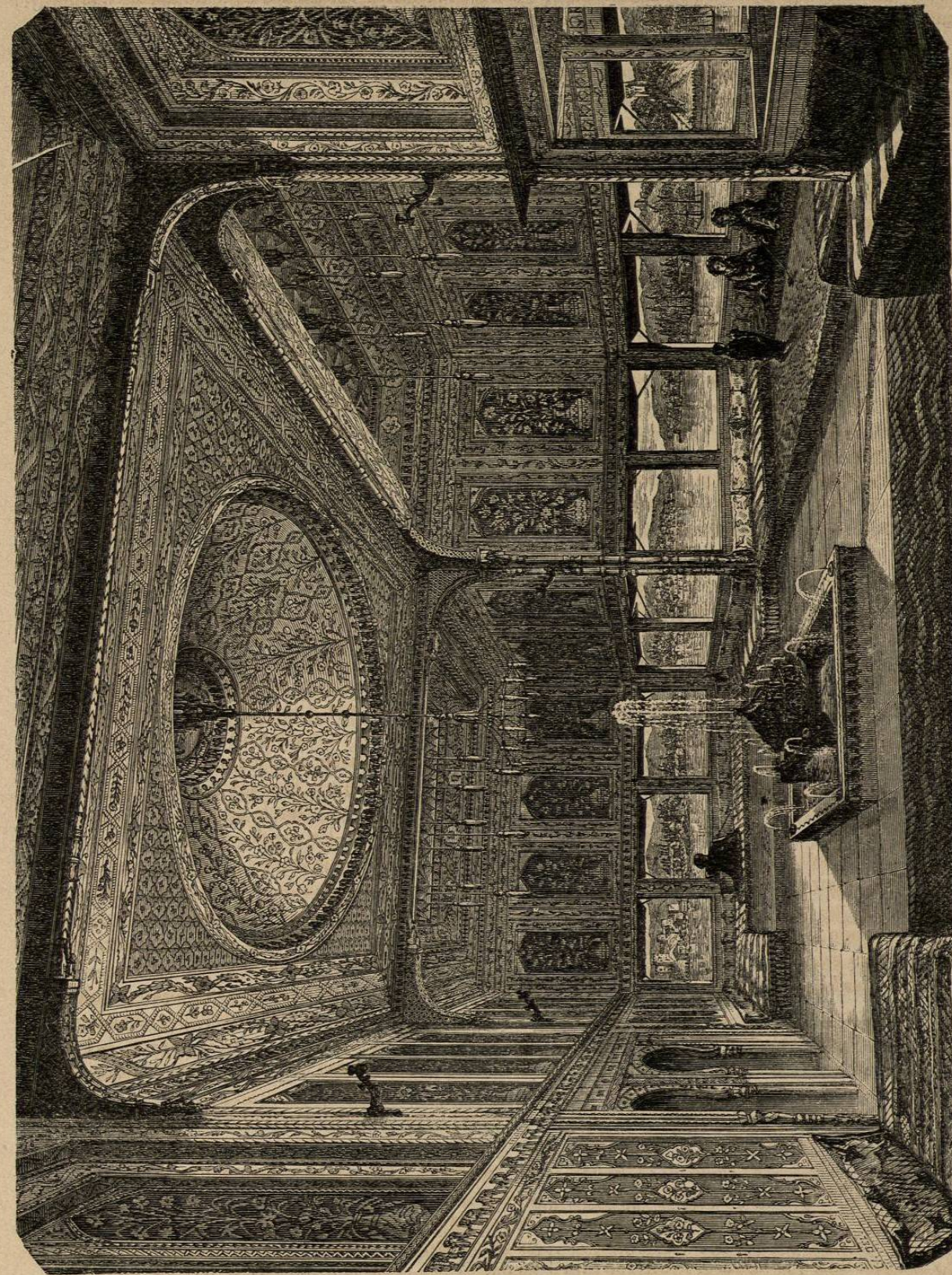
A esta palabra, Bajazed tembló de miedo y murmuró protestas de sumision y de respeto: «¡Basta! interrumpió el sultan; he perdonado; pero recuerda que pagarás con tu vida el menor signo de rebelion.»

En seguida, pidió el *scherbet*. El *scherbet* (sorbete), es una bebida azucarada y fuertemente perfumada con la esencia de las flores y el zumo de los frutos. Soliman hizo presentar la taza á su hijo. A pesar de las seguridades que iba recibiendo, creyó que su última hora había llegado. Humedeció vacilante sus labios con aquel breva sospechoso y devolvió la taza al *kuiptar-aga* (escanciador), echando sobre él una mirada siniestra. Soliman, que le observaba, tomó la misma taza y bebió á su vez hasta la última gota. Después, sin permitir á su hijo que pronunciara una sola palabra, le despidió con un gesto altivo.

A pesar de este primer contratiempo, no tardó la sultana en reanudar sus planes. Era hábil y audaz; tenia á su disposicion grandes tesoros, y podia en un momento de crisis sobornar á los genizaros, y hubiera conseguido levantar el trono á Bajazed, si no le hubiese faltado tiempo; pero la muerte la detuvo. Una violenta enfermedad puso en pocos dias término á su odio; espiró en brazos de Soliman, y en sus últimos momentos hizo prometer á éste que se acordaria de ella si Bajazed tenia la desgracia de incurrir de nuevo en su cólera. Roxelana murió antes que los años hubiesen minado su hermosura. Era naturalmente tan disimulada que nadie leyó jamás en su rostro lo que pasaba en su alma; sus facciones estaban siempre serenas y risueñas. Su cuerpo fue trasladado al recinto de la mezquita fundada por Soliman. Algunos años después el sultan la siguió á la tumba, y aun hoy los restos de los dos descansan á pocos pasos los unos de los otros bajo las tranquilas sombras de la Solimanich. Roxelana es la primera mujer que ha mandado soberanamente en el Serrallo, y la única esclava que se ha visto elevada por un monarca de sangre otomana á la categoría de mujer legítima.

Soliman no la reemplazó; pero olvidó que le había pedido la vida de su muy amado hijo, y cuando el ambicioso Bajazed volvió á empezar la guerra, le hizo estrangular lo mismo que á los cuatro hijos que había tenido de sus favoritas.

Las mujeres no ejercieron influencia alguna bajo el reinado de Selim, y el harem se convirtió en una morada triste y muda en que los eunucos y los *kedan* gobernaban despóticamente á las odaliscas. El sultan pasaba su vida entre los placeres de la mesa, rodeado de cantantes y bufones. Su aversion á todos los ejercicios era excesiva y se paseaba por los jardines del Serrallo echado en una litera. Sin embargo, este monarca indolente dilató el imperio; sus ejércitos conquistaron el antiguo reino de Lusitania, la bella isla de Chipre en que aun en la actualidad el turco reina



Interior de un kiosco del Serrallo.

La vista de este kiosco puede dar una idea del lujo que reinaba en tiempo de Soliman, el Magnífico, á cuya época pertenece. El kiosco de las Perlas que desde el terreno del Serrallo se adelantaba sobre el mar del Mármara, estaba adornado

por igual estilo con profusion de alabastros, arabescos de oro y azul, maderas talladas, nácar, fuentes, y sobre todo la vista sin par del Bósforo, bajo un cielo resplandeciente.

Adalberto de Beaumont.